

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL MEOLLO DE LA CUESTION

LA REPUBLICA GRIEGA

La República ha sido proclamada en Grecia por tercera vez en su historia como nación independiente. En esta ocasión ha sido el coronel dictador quien ha ordenado por decreto el cambio de régimen. Papadópulos ha querido así privar a la oposición liberal, democrática y marxista de un eje de referencia que pudiera servir de común denominador a los que desean para Grecia un retorno a la vida constitucional.

Seis años lleva de existencia el gobierno de los coroneles que secuestró el poder por medio de un golpe de Estado en abril de 1967, para impedir que se celebrasen elecciones parlamentarias que podían haber dado el triunfo a las candidaturas de la izquierda que representaba Papandreu. El rey Constantino no pudo o no supo o no quiso abrir la Monarquía, entonces, a una versión más democrática. No está claro hasta qué punto tuvo además conocimiento o colusión con el «putsch» castrense. A poco, en diciembre del mismo año, intentó un contragolpe para librarse del sometimiento en que se encontraba. Al fracasar, se exilió a Roma donde gozaba de un artificioso y extraño estatuto que si por un lado le reconocía como soberano de su país (gozaba incluso de una confortable lista civil), en la práctica lo mantenía enteramente apartado de las funciones ejecutivas del Poder. En la Constitución de 1968 plebiscitada por los coroneles con el consabido 90 por ciento de votos favorables la forma monárquica de Estado se confirmaba, si bien al rey se le limitaban aún más sus teóricas funciones, obligándole a pasar por la venia de un llamado «Consejo de la Nación», grupo de notables designado por la dictadura para los eventuales nombramientos de jefe de Gobierno y para disolver el Parlamento. Ahora, esta ficción ha terminado. La sublevación de una parte de la escuadra ha servido de pretexto a Papadópulos para liquidar la comedia. En fecha próxima se celebrará otro plebiscito, de los del noventa por ciento, para que el electorado refrende la República «presidencialista y parlamentaria».

Grecia ha vivido, desde que en 1827 alcanzó su independencia del Imperio turco, una existencia política azarosa en que la influencia exterior actuaba visiblemente. No sólo las dinastías fueron de sangre foránea, ajena por completo al pueblo griego, sino que el juego estratégico de los intereses mediterráneos de las grandes potencias «protectoras» como Gran Bretaña, Rusia y Francia se manifestó en múltiples ocasiones a lo largo del siglo XIX. En la primera guerra europea la intervención de los aliados fue directa y abierta. En la posguerra de 1946 a 1949 fue la intervención militar británica, primero, y la norteamericana después, las que prefirieron la restauración monárquica, y sostuvieron con las armas la larga y sangrienta guerra civil hasta la victoria de Jorge II. La situación geográfica del país ha sido la condicionante de esa insistente y peligrosa ingerencia. La «doctrina Truman» fue inventada para justificar la presencia militar norteamericana en esa zona que no correspondía a lo que Rusia reclamó en Yalta, si bien Stalin, volviéndose de lo acordado en aquel

reparto, quiso tantear fortuna y probar las resistencias de su antiguo aliado. Así empezó la guerra fría.

Grecia, como flanco sudoriental del dispositivo de la Alianza Atlántica, era terreno neurálgico para estrategias y planificadores castrenses. De nuevo, la influencia exterior fue esencial en el proceso interior como antaño. El Pentágono miraba con detenimiento lo que sucedía en la Hélade y el rey Pablo, con su prudencia y flexibilidad, supo mantener el difícil equilibrio de una Corona que se debatía entre la presión del «pentagonismo» con sus habituales «servicios» más o menos inteligentes y la tensión popular de una opinión que se inclinaba cada vez más a las reformas democráticas y sociales. Desaparecido el monarca, la sucesión constantiniana, iniciada bajo los mejores auspicios no logró dominar el complejo panorama. Sin la bendición norteamericana no hubiera sido posible el golpe de los coroneles. Sin el continuo y deliberado apoyo posterior, no hubiese durado seis años el mando de Papadópulos. Nixon y Spiro Agnew, su vicepresidente, de propaganda griega inmigrante, se identificaron con entusiasmo a los dictadores de Atenas. Ofrecieron créditos, inversiones, suministros militares copiosos y recibieron a cambio, ventajas logísticas para la Armada. La protesta de los elementos liberales norteamericanos por la ayuda incondicional a un régimen de fuerza, fue acallada por los voceros del nixonismo en más de una ocasión como «contraria al interés de los Estados Unidos». Es el viejo e irresuelto dilema que se plantea a Norteamérica desde el comienzo de la guerra fría. La Alianza Atlántica ¿es una coalición militar y política que defiende un conjunto de principios ideológicos inspirados en el orden democrático? ¿O puede, por el contrario, saltarse la fidelidad a esos propósitos estableciendo o fomentando incluso, regímenes de fuerza, allí donde el interés estratégico exige apoyos incondicionales a la política de Washington? El caso de Grecia —como el del Vietnam del Sur, en la acción exterior en el Extremo Oriente— parece decidir la cuestión con el evidente quebranto del sentido homogéneo de la tendencia general del llamado mundo libre en su confrontación con el monolito de los gobiernos totalitarios de signo marxista. ¿Seguirá ahora Norteamérica la acción de Papadópulos hasta las últimas consecuencias? ¿Se convertirá en el aliado y sostén fervoroso de la República dictatorial?

He aquí, a mi juicio, el meollo de la cuestión. Es posible que haya sectores importantes de la Administración Nixon —visibles e invisibles— que no sólo animen al dictador-presidente a seguir por su camino, sino que le inspiren una serie de falsas reformas de apariencia democrática —elecciones, parlamento, libertades— para compaginarlos con la ideología a la que dicen servir. Constantino, después de seis años de temeroso silencio, ha salido al paso de la maniobra, pidiendo garantías para el plebiscito y denunciándolo como un engaño más, en el caso de que no se concedan. Es improbableísimo que esas condiciones exigidas por el rey en exilio, se cumplan. Ahora bien, es también posible que después de Watergate, el presidente Nixon no tenga la libertad de antaño para

operar por su cuenta en materia de política exterior y que el punto de vista de una gran parte del Congreso, se oponga a un apoyo continuado. El sistema de los coroneles aunque de ahora en adelante, la dictadura se titule república y se adobe con lenguaje y gestos demagógicos para vestir la desnudez tiránica.

Se dice que los seis años de régimen autoritario han permitido el progreso material de la nación, el despegue económico, la apertura de cauces turísticos, el incremento de las colosales fortunas de ciertos navieros y el espectacular crecimiento de las obras públicas. Seguramente es cierto. Lo que es preciso es saber cuál es el precio moral pagado por ese balance material. Los trabajos de la infraestructura de un país suelen ser tradicionalmente, el argumento empleado para justificar la pérdida de las libertades civiles. Lo que no cabe es extenderlo al extremo de convertirlo en causa obligada y exclusiva de aquel efecto. En Grecia, los seis años de dictadura han mejorado carreteras, sistemas hidráulicos, puertos, astilleros y refinarias. Pero también hay todo eso y mucho más y mejor: en los Estados Unidos, en Japón, en Alemania Occidental, en Gran Bretaña, en Suiza o en el Benelux. Y cuando se inauguran modestamente estos grandes trabajos en esos países, no se le ocurre a nadie, sostener que ello se deba a que en Washington, en Bruselas, en Bonn, en Londres, o en Berna hay un Parlamento elegido por los ciudadanos o a que existe una prensa libre capaz de criticar la obra de los gobiernos. Los sistemas democráticos no capitalizan la grava o el cemento.

¿Cuál será el porvenir del rey de la Monarquía en el contexto helénico? Es difícil predecirlo a causa de los múltiples factores antes reseñados. Otra incógnita son las Fuerzas Armadas en las que evidentemente hay síntomas de malestar y en las que no hay un jefe de indiscutido prestigio. Tampoco es seguro, ni mucho menos, que Papadópulos arrastre tras de sí a la mayoría de los mandos en caso de grave crisis o de insinuación norteamericana para abrir el régimen a un cauce democrático verdadero.

Pienso que en Washington estará en gran parte, la solución del porvenir político de Grecia. No en balde fue la gran República de Filadelfia la que recogió los principios que un día, hace dos mil años, inspiraron la vida ateniense. Archibald MacLeish ha sintetizado en un ensayo bien conocido, titulado, algo irónicamente «The American Dream» —El sueño americano— lo esencial del pensamiento del gran país, rector del mundo libre, en materia de filosofía del negocio público: «Creemos que los seres humanos cuando son capaces de pensar por sí mismos y enjuiciar por sí mismos, son capaces también de gobernarse a sí mismos...».

José M.^a de AREILZA

ENTRE EL ADORNO Y LA HIGIENE

EL ROSTRO Y LO DEMAS

En este punto, las explicaciones no son fáciles ni claras. En primer lugar, la cosa data de muy antiguo —podríamos decir: de siempre—, y por añadidura, afecta hasta el último y absolutamente perdido rincón del mundo. No, no se trata de un «truco consumista» más, recién inventado, que la publicidad inculca o impone. Aquí, la demanda parece instintiva y universal: en todo caso, ha precedido con mucho a la enorme industria que intenta satisfacerla. El hecho de que ahora reciba un fomento particular a través del anuncio o de la moda, no altera en nada el planteamiento de fondo. Cometeríamos un considerable error si despa-chásemos el asunto con media docena de tópicos displicentes o enojados. Las motivaciones en juego son complejas y profundas, y nadie sabría desdeñarlas. Por lo demás, en la práctica, ¿quién no se sirve de los productos del ramo? «No es menor cosa que el pintar de les dones lo raur que els hòmens fan fer de llur barba», denunciaba hace siglos Bernat Metge. Porque no sólo entran en la cuenta los afeites de las señoras, sino también el afeitado de los caballeros. E incluso el mismísimo inocente jabón de uso maquina. Conviene no olvidarlo, en un análisis razonable. La «cosmética» no empieza ni acaba en el tocador femenino.

De entrada, pensémos que la maniobra se establece sobre un equívoco entre el adorno y la higiene. Ignoro lo que los antropólogos opinen acerca del tema, y no me meteré en camisa de once varas con hipótesis improvisadas. Sin embargo, no consigo reprimir esta sospecha: la primera ablución de cualquier antepasado antropoide podría representar —teóricamente, al menos— el «origen» de todo el trámite. Cierta que otras especies zoológicas notoriamente inferiores a la humana también se remojan con el propósito de limpiarse —dejemos a un lado el de refrescarse—: una ablución «consciente» sería la referencia de principio. De aquel acto primariamente lustral al repertorio de colonias, champúes, desodorantes, aerosoles con espumas, chismes eléctricos y etcétera, que hoy abarrotan los cuartos de baño mesocráticos, no existe más que una diferencia de grado. ¿Higiene? Pues sí. Aunque la propia higiene comienza por ser una postulación ambigua. Palabra y consejo de médi-

cos, la «higiene» atiende, ante todo, a la salud: por aquello de que más vale prevenir que curar y esas historias. Sus ejercicios —aseo, gimnasia, dietas, vacaciones— responden, inicialmente, al deseo de vegetar con una relativa apacibilidad. Pero...

Pero a la vez, y muy a menudo, se aspira, por esos medios, a conseguir una presencia suave e incluso encantadora ante el prójimo: parientes, amigos y conocidos. La convivencia, en sus aspectos más físicos, obliga a soportarnos los unos a los otros, y en consecuencia, el mal olor corporal, un churrete delator, una uña negra, y más, la simple gordura, demasiadas arrugas en la cara o unos cuantos pelos inoportunos por su color o por su manifestación, pueden dar mala impresión al vecino. Y la dan, ¡qué caramba! La higiene, en última instancia, forma parte de las «reglas de urbanidad». Cronológicamente, sin duda, las «reglas de urbanidad» fueron la primera noción que de la higiene tuvo la multitud... El paso siguiente tuvo que ser el adorno. Lo comportaba la misma convivencia. Todo el arduo lío de las relaciones cotidianas —de afecto, de vanidad, de poder, de ambición, de respeto— encuentran una salida por este cauce. Hay otras, muchas: desde los vestidos y los edificios habitables de que uno disponga hasta el garraje o el billete de esgrima. Y con los elementos de la higiene se llegaba al maquillaje. Me apresuré a subrayar que, entre las posibilidades del maquillaje, catalogo a los dibujos tatuados en pechos, espaldas o brazos del marinero más broncos.

Los grabados en la epidermis del navegante aventurero concuerdan con los que recibe la del jefe de una tribu polinesia o el guerrero del Africa ecuatorial. Y ambos «adornos», con la pringue policroma con que se embadurnan el rostro y muchas más parcelas de su físico los grandes personajes de toda sociedad: indios, zulúes, damas distinguidas, artistas de cine o de teatro, chicas de servicio que salen a paseo, prohombres que comparcen ante las cámaras de televisión... Todo es cosmética: adorno, y adorno capcioso. El más espectacular es el que se relaciona con las mujeres. El prejuicio corriente es que eso de la cosmética es exclusivo de ellas. Yo no diría

«de ellas», sino... Bueno: me temo que sólo sea una astucia de la especie para perpetuarse. Lamento expresarme así. Al fin y al cabo, ¿qué es la «especie»? ¿Un nombre cómodo para entendernos en la conversación, un fantasma, una entidad incontestable y agente? De momento, ni siquiera monsieur Rostand ni ninguno de sus colegas se arriesgarían a darnos una respuesta. Erigir a la «especie» en sujeto de una mera oración gramatical equivale a introducir la Metafísica en el cotarro. La «especie» es una fantasía de Linneo. Y, fantasía y todo, pretende «perpetuarse».

Perderíamos el tiempo si diésemos por obvio que las cremas, los collares, el «Playboy», los depilatorios, los lápices de labios, los últimos modelos de sostenes o los trajes de temporada, las lacas, las bebidas carbónicas o lácteas de discoteca, los arcaicos violines, las obras completas de Wilhelm Reich, el jornal diario de las familias, son sólo «historia»: eventualidades voluntarias o, a lo sumo, de mera fatalidad social. Se engañan quienes crean que son un simple juego —o complicado juego— para el erotismo gratuito; se engañan, asimismo, los que se limitan a imaginar escuetas luchas de clases... Tras los diseños de los modistas, tras los poemas amorosos de manufactura ritual, tras la química de las perfumerías, tras los negocios en marcha, está, augusta, severa, vigilante, la Madre Naturaleza, y valga el tropo. La Madre Naturaleza hace lo posible por aguantarse en su variedad: los hombres somos una de sus dependencias. Nos acosan los infartos, el cáncer, el átomo explosivo, el odio político; ella —¿«ella»?— proporciona soluciones. La más rotunda es la propensión a reproducirse que caracteriza a la gente. El control de la natalidad ya es otro problema: no pertenece a la «Naturaleza», sino a la «Historia».

Entre la Naturaleza y la Historia —dos planos especulativos y, por consiguiente, sólo concebibles o perceptibles a escala humana— se interfieren los «hombres»: hombres con ojos en la cara, pongamos Sócrates, el Aquinata, Descartes, Kant, Hegel, y en la línea podríamos situar hasta el último poeta lírico. ¿Qué pasa? ¿De qué embrollo somos víctimas por la sola circunstancia de haber nacido?... Y uno

piensa en la cosmética. La pasta de dientes, los untos para broncearse, las píldoras para no concebir o no fumar, las recetas para evitar la obesidad, las saunas sudoríferas, los juegos de frutas, el rimmel, el caizoncillo de colorines, el automóvil pagable a plazos, y en los sonetos del Petrarca, y en la música pop, y en la de Mozart, o en cualquier otra, y en los novelistas, y en los sociólogos, y en los funcionarios de la economía... ¿No es todo cosmética? Pintarrajearse el rostro para encandilar al individuo contigo, y sacarle provecho: para sobrevivir. No para sobrevivir «yo», en definitiva, sino para que sobreviva «alguien». La higiene y el maquillaje coinciden en esa fatalidad postrera y concluyente. Una y otra, re-vertidos en «cosmética», nos convierten en máscaras de nosotros mismos: pintura o rasura.

Las mujeres se pintan. Se pintaron siempre. Se puede reconstruir la trayectoria de la intimidad femenina a través de los escritos de moralistas e inmorralistas. Hubo un momento en que esta literatura perfiló una duda. Proseperó la idea de que «lo varonil» era lo hirsuto, lo maloliente, lo bárbaro. Un mínimo de su-ciedad la apoyaba, por supuesto. No estoy seguro de que haya sido así, en realidad. Los protagonistas del hedonismo envidiable fueron los tenorios, los petimetres, los pollos-bien: aromatizados, con ropa interior renovable, exhibiendo dentaduras joviales, abriendo sobacos inodoros, o casi... La cosmética les absorbe, por supuesto. Antaño, era cuestión de las clases altas. Hoy se pretende democratizar la expectativa, y con éxito. Los hombres no sólo se suprimen la vellosidad intempestiva —si es que no la convierten en ornamento afeble—, pero se echan encima lociones olorosas tremendamente energías, se ponen corsés, tienen peluqueros tan especializados como sus novias o esposas, y se enfundan con ropas bastante divertidas... «Cosmética» pura... «Especie» pura. No lo achaquemos todo a la maligna «sociedad de consumo». La vida —¿la Vida, la Especie, la Naturaleza? ¡¡uff!— tiene sus exigencias: ha de continuar...

Juan FUSTER

¿TIENE UD. UNA PARCELA?

Le construiremos su chalet. Pagadero 10 años. Entrega llaves, 5 meses. Tel. 217-93-16

COCINAS A GAS

Reparación, transformación y desengrase interior y exterior

Tels. 241-00-93 y 241-00-96

CONSTOR

TARTAMUDOS

Garantizo hacer hablar bien Rambias, 100. Tel. 222-44-48

CAMISAS 650 pts.

estampadas. Muntaner, 227. Hotel Presidente Lady Jane

Sangre - Mala circulación

Combatirá eficaz y cómodamente. Telf. B. 253-24-26; de 12 a 1 y 3 a 4 Daremos hora

REPARACIONES TV

TODAS MARCAS EN EL DIA INCLUSO FESTIVOS Teléfono 235-26-47